

# La revolución mexicana en el pensamiento de José Carlos Mariátegui (1910-1930)

Giovanni Casetta

En la historia contemporánea de América Latina el complejo evento que normalmente se define como "revolución mexicana" constituye una referencia importante para todo el pensamiento político progresista. Durante cerca de treinta años esta revolución representó un acontecimiento sin precedente que involucró a toda la cultura latinoamericana, de la misma manera, naturalmente, como lo hizo con la vida política en el interior de cada uno de los países del continente. Los cambios que se estaban produciendo en México asumieron una importancia continental en la medida en que, por primera vez en la historia de un país latinoamericano, se estaba despedazando la estructura de poder secular. Se resquebrajaban las bases del sistema feudal y de la omnipotencia oligárquica y se estaba planteando la construcción de una sociedad moderna y democrática, en la cual las clases populares estaban listas para convertirse en un elemento fundamental de la renovación.

Los efectos políticos y sociales de esta revolución<sup>1</sup>, independientemente de los significados diversos que los historiadores le atribuyen, de sus definiciones y de su periodización<sup>2</sup>, tuvieron por lo tanto una resonancia amplísima en toda América Latina. En particular, esta sensibilización intervendrá sobre todo en la formación y en las orientaciones políticas de la vanguardia progresista latinoamericana, que ve en algunas propuestas nacidas de la revolución la solución de problemas históricos tales como la afirmación nacional frente al imperialismo, la lucha contra el poder de las oligarquías feudales y por la formación de una burguesía industrial y agraria nacional, en fin, la lucha por la emancipación del proletariado industrial y de los campesinos. No es casual, en efecto, que du-

---

rante las décadas de los veinte y treinta los principales exponentes progresistas de América Latina, sobre todo aquéllos que participaron activamente en la batalla del antiimperialismo y en la lucha contra la feudalidad —como lo fueron, por ejemplo, José Ingenieros, Juan B. Justo, Alfredo L. Palacios, Luis E. Recabarren, Julio A. Mella, Víctor Raúl Haya de la Torre y el mismo Mariátegui— tomen como ejemplo a la revolución mexicana, asumiéndola como parámetro para transferir en sus respectivos países los mensajes más relevantes, desde el punto de vista político y social, expresados por este acontecimiento trastornador.

La revolución mexicana es por lo tanto una referencia constante en el pensamiento político progresista, un interés que se expresa permanentemente a dos niveles en los cuales los planos de historicidad mantienen una autonomía apenas formal: a) las motivaciones, los contenidos políticos e ideológicos que caracterizaron a las principales fuerzas revolucionarias; las realizaciones revolucionarias como expresiones de los grupos que supieron inclinar a su favor las relaciones de las fuerzas en pugna; b) la verificación de las consecuencias de la política mexicana a las demandas de cambio que justificaron el ingreso en la lucha de las principales componentes revolucionarias, sobre todo de los campesinos; la sucesiva institucionalización del cambio puesta en movimiento por la revolución.

La realización del México posrevolucionario se caracteriza sintéticamente por una continuidad sustancial en línea recta —alguna vez apenas interrumpida temporalmente por episodios de acomodo o por auténticas tentativas reaccionarias, absorbidas más tarde por el sistema político— que se

expresa con la participación de las masas en el proceso de desarrollo controlado de las formas institucionalizadas nacidas de la revolución y con el poder de la burguesía posrevolucionaria en la dirección del estado. La estabilidad política que caracteriza al régimen mexicano se establece a partir de la lucha armada, con la hegemonía de los políticos de Sonora, y se define con la presidencia de Cárdenas, que es el resultado de la supremacía de aquella burguesía que, nacida de la revolución, sabrá imponer la continuidad histórica del propio poder sobre todas las otras fuerzas revolucionarias.<sup>3</sup>

Por lo demás, aun los más atentos observadores contemporáneos, incluido el propio Mariátegui, ya en los años veinte no podían ignorar la orientación de fondo de la revolución, o bien el tránsito de la "dictadura de la oligarquía" del porfiriato a la "hegemonía de la oligarquía", maniobrado por el estado intervencionista y explicitado en el retardo de la realización de la reforma agraria y en el reforzamiento de la propiedad privada de la tierra. Sin embargo, quedaba el innegable resultado surgido de la transición revolucionaria, que marcó la línea de no retorno a la dictadura de la oligarquía y modificó para siempre la estructura del poder, abriendo la vía a la formación "de una burguesía portadora de un proyecto colectivo capaz de movilizar a la población políticamente activa"<sup>4</sup>.

Mariátegui percibirá estos resultados de fondo y, al menos después de cierta fecha, será consciente además de la vía tomada por la revolución. Sin embargo, es necesario recordar que, en el contexto general de su obra, la revolución mexicana no será jamás analizada con una particular sistematicidad, superior a la hondura del análisis con que estudiará

muchos otros aspectos del mundo contemporáneo o de la historia más reciente. Esta circunstancia particular nos explica por qué son tan escasos los trabajos de Mariátegui encaminados a profundizar su pensamiento sobre la revolución mexicana. Estos se reducen sustancialmente a analizar la política de México en la segunda mitad de la década de 1920<sup>5</sup>. Sin embargo, si bien el marxista peruano concentra su atención preferentemente sobre los desarrollos de la política mexicana de su época, los escritos sobre México permiten puntualizar su idea de la revolución, para nada despreciable, y delimitar su figura de intelectual y de político.

En el momento en que Mariátegui escribía sus artículos sobre México, durante los gobiernos de Obregón (1920-1924), de Calles (1924-1928), de Portes Gil (1928-1930) y de Ortíz Rubio (1930-1932), la revolución se estabilizó hasta tal punto que cualquier variación institucional, para ser realizada no exigía ya de una movilización autónoma y activa de las masas. Sin duda hubo todavía movilizaciones de masas, como la guerra de los cristeros y otras, pero más bien sólo se trataba de movimientos de reacomodo muy heterogéneos, tanto que algunos de ellos entran en los esquemas típicos del populismo y otro se incorpora incluso directamente en los esquemas de la forma de poder seudofascista que no puede evitar ni siquiera el México "revolucionario". Muchos otros acontecimientos habrán todavía de intervenir para corregir el funcionamiento de la revolución hasta el advenimiento de la política reformista de Cárdenas. Pero el último artículo de Mariátegui sobre la política mexicana se publica en marzo de 1930, apenas un mes antes de su muerte<sup>6</sup>.

### ¿México hacia el socialismo?

El primer escrito significativo de Mariátegui sobre México, "México y la revolución"<sup>7</sup>, aparece a principios de 1924. Hacia esta fecha la formación cultural de Mariátegui ya se ha enriquecido con algunos elementos fundamentales que derivan de su estancia en el extranjero. A su regreso de Europa expresa, en alguna de sus páginas autobiográficas, la utilidad de la experiencia madurada durante su estadía en Francia, Italia y Alemania:

"Nos habíamos entregado sin reservas - escribe Mariátegui refiriéndose a la aventura del exilio vivida por su amigo César Falcón y por él mismo-, hasta la última célula, con un ansia subconsciente de evasión, a Europa, a su existencia, a su tragedia. Y descubríamos, al final, sobre todo, nuestra propia tragedia, la del Perú, la de Hispano-América. El itinerario de Europa había sido para nosotros el del mejor, y más tremendo, descubrimiento de América"<sup>8</sup>.

La experiencia europea, materializada en el conocimiento directo o en las lecturas personales de la cultura más viva de aquellos años, perfeccionó su formación cultural, hasta pasar del periodismo mundano al periodismo político, a la experiencia concreta de la vida política a través de un desarrollo que habiendo partido del esteticismo y del decadentismo, arriba al materialismo histórico. Una línea política que parte de la adhesión espontaneista a la lucha del proletariado y llega a la lucha de clases a través del conocimiento y la asunción del marxismo como teoría de la sociedad y de la historia, del marxismo como praxis revolucionaria<sup>9</sup>.

Su estancia en Italia, en particular, como se puede deducir de las "Cartas de Italia"<sup>10</sup>,

---

con los contactos personales con los grupos y partidos políticos, el conocimiento de sus líderes, la asistencia a la construcción de los partidos de masas durante la crisis posbélica y revolucionaria, la presencia en el Congreso de Livorno y, en fin, el advenimiento del fascismo, serán para Mariátegui otros tantos temas de reflexión no limitados en absoluto a las emociones contingentes. El conocimiento de los redactores del *Ordine nuovo*, los contactos culturales con Gobetti, Gramsci y Croce, el descubrimiento de las experiencias políticas y culturales de vanguardia en Europa se transmitirán más tarde en sus análisis sobre la realidad peruana y latinoamericana<sup>11</sup>. El enriquecimiento de su personalidad de intelectual madurado en Europa, su definición internacionalista que deriva de la particular experiencia vivida representará su salida definitiva del regionalismo cultural o del puro cosmopolitismo literario, como también significará la capacidad de dar respuesta en términos de clase a la realidad política, económica y social de América Latina.

El artículo sobre México escrito en 1924 coincide con el descubrimiento de la tragedia americana -"nuestra propia tragedia"- y da muestra de la nueva manera de analizar la realidad americana a través de la renovación cultural, hecha posible, por la experiencia europea. Con la inmediatez y la capacidad de síntesis que caracterizan a todos los artículos de Mariátegui, en "México y la revolución" se delinean los rasgos característicos del porfiriato hasta la fase inicial de la revolución. Se alude a la dictadura militar y burocrática de Díaz, a la política sistemática de despojo de la tierra a los indios en favor de los monopolios latifundistas y a la absorción de los ejidos, a la similitud del partido de los científicos con el

partido civilista peruano<sup>12</sup>, a la formación del proletariado industrial y al rol de los aportes ideológicos de Flores Magón, a la aparición de Madero sobre el tema antirreeleccionista, en fin, al movimiento de Orozco como iniciador de la revuelta armada. En el texto se destaca la insuficiencia de la cohesión ideológica que rige la revolución y la causa efectiva que determinó la movilización de los campesinos a favor de la revuelta maderista:

"La bandera antirreeleccionista -escribe Mariátegui- era una bandera contingente. Alrededor de ella se concentraban todos los descontentos, todos los explotados, todos los idealistas. La revolución no tenía aún un programa; pero este programa empezaba a bosquejarse. Su primera reivindicación concreta era la reivindicación de la tierra usurpada por los latifundistas"<sup>13</sup>.

El gobierno de Madero es definido en los términos de "compromiso", o sea que el nuevo orden emergente está obligado a aceptar la colaboración de la vieja oligarquía de los científicos. Si es exacta esta observación sobre el carácter de fondo del maderismo, sin embargo queda fuera totalmente un análisis que tienda a explicar en términos de clase la síntesis política efectuada por Madero, ya que serán precisamente los mismos elementos de la recomposición los que posteriormente determinaron la disgregación del maderismo. Se olvidan por completo los aspectos conservadores implícitos en la política de Madero, es decir, aquellos elementos que están ya presentes en las declaraciones programáticas que constituyeron el núcleo de su propaganda electoral<sup>14</sup>. Pero ciertamente Madero no era un "conservador" en el sentido clásico de la palabra, pues representaba a la burguesía dinámica que se oponía a la vieja

---

oligarquía tradicional; él representaba a una parte de la gran burguesía y a las demandas que resultaban del crecimiento de las clases medias. Era un "progresista" porque combatía la autocracia y estaba a favor de un poder descentralizado que fuera capaz de defender la libertad política; era un "conservador" porque no pudo percibir el movimiento dialéctico en la ecuación "libertad política - libertad económica". Madero representaba el momento de transición en el paso de la explotación y del dominio de la burguesía conseguido a través de los aparatos coercitivos del estado, a la explotación y al dominio de la burguesía legitimados por la institucionalización expresada por la lucha y la voluntad popular. Después de Madero, a la larga, la hegemonía burguesa pasa a través de la economía capitalista de mercado, casi como en el modelo clásico de la revolución democrático-burguesa. Pero Mariátegui tendrá plena conciencia de esta circunstancia sólo posteriormente.

En su exhaustivo estudio sobre el pensamiento político del marxista peruano, D. Mesguer Ulan ha revelado que, en este primer escrito significativo sobre México, Mariátegui manifiesta una simpatía excesiva por el gobierno de Obregón, por lo demás ni siquiera compartida por la Internacional Comunista, que, antes bien, veía en la confusión ideológica de este período revolucionario el producto de la mentalidad pequeño burguesa que lo dominaba<sup>15</sup>. El optimismo de Mariátegui, o mejor, el excesivo simplismo en la valoración de esta fase, se encuentra incluso en un escrito de 1926, "La reacción en México", en el cual, desarrollando los temas de la enseñanza laica y de la caracterización laica del estado mexicano, observa:

"Las formas políticas y sociales vigentes en México no representan una estación del liberalismo sino del socialismo. Cuando el proceso de la revolución se haya cumplido plenamente, el estado mexicano no se llamará neutral y laico sino socialista"<sup>16</sup>.

Es interesante notar que también en este texto de 1926, el optimismo de Mariátegui choca contra el análisis mucho más realista de la Internacional Comunista que, en cambio, "consideraba a la Revolución Mexicana como una revolución pequeña burguesa, desprovista de una ideología propia y extenuada por los compromisos con el capital extranjero y nacional"<sup>17</sup>.

En este texto se alude también a la guerra de los cristeros (1926-1929) como un acontecimiento político y militar complejo, a menudo señalado simplistamente como la principal tentativa contrarrevolucionaria de las viejas clases dirigentes aliadas a los católicos reaccionarios. También en este artículo, que es uno de los raros lugares en que menciona a la guerra religiosa, Mariátegui la define muy genéricamente como "una activa campaña clerical contra las conquistas y los principios de la revolución"<sup>18</sup>.

En el primer escrito de importancia sobre la revolución mexicana, Mariátegui se había detenido sobre los resultados más progresistas expresados por la Constitución revolucionaria de Querétaro (artículos 27 y 123), sobre el régimen de Carranza, que "se anquilosó y se burocratizó gradualmente", para pasar luego a observar la figura y la obra de Obregón. Y, como ya se ha dicho, había construido un esbozo absolutamente optimista respecto de Obregón:

"El gobierno de Obregón -escribe en "México y la revolución"- ha dado un paso

resuelto hacia la satisfacción de uno de los más hondos anhelos de la Revolución: ha dado tierra a los campesinos pobres. A su sombra ha florecido en el estado de Yucatán un régimen colectivista. Su política prudente y organizadora ha normalizado la vida de México. Y ha inducido a los Estados Unidos al reconocimiento mexicano<sup>19</sup>.

En efecto es cierto que Obregón, en el primer año de su mandato, distribuyó mayor cantidad de tierras que Carranza en el curso de cinco años; pero también es cierto que, después del primer año, los repartos realizados durante el gobierno de Obregón se redujeron sensiblemente.

Carranza distribuyó alrededor de 120,000 hectáreas entre 48,000 campesinos, y la superficie media de las parcelas distribuidas a cada campesino en 1920 —ya que 6,433 hectáreas fueron repartidas entre 15,566 campesinos— no superaba la medida de 0,4 hectáreas *per capita*: esto prefigura la importancia que tendrá el minifundio, que es precisamente uno de los rasgos característicos de la reforma agraria mexicana<sup>20</sup>. Por el contrario, en 1921 Obregón repartirá cerca de 500,000 hectáreas de tierra y en 1922 apenas algo más de 176,000. El ritmo de la distribución se reactivará durante 1923, cuando Obregón requerirá de la ayuda de los campesinos contra la rebelión militar de De la Huerta<sup>21</sup>.

Todavía hacia la mitad de 1928, en el escrito "Obregón y la Revolución Mexicana"<sup>22</sup>, el gobierno del sonoreense, definido como un "movimiento de concentración de las mejores fuerzas revolucionarias de México", es descrito como el momento de la estabilización revolucionaria progresista, como el momento en el cual "la clase trabajado-

ra consolidó sus posiciones y acrecentó su poder social y político", el momento que permitirá, en fin, la realización de la reforma agraria. Mientras escribía este texto, Mariátegui ciertamente tenía en mente los resultados de la aplicación del artículo 123 de la Constitución. Sin embargo, deja de lado los efectos finales de tal aplicación, por lo demás ya previsibles desde el inicio: la constitución de una aristocracia obrera cada vez más distanciada, en sus propias reivindicaciones, de la masa del proletariado agrícola. Y, si se observa bien, esa operación fue iniciada precisamente por Obregón, ya que él mismo fue quien recibió la orden de Carranza para contactar con la Casa del Obrero Mundial y para constituir los batallones rojos en febrero de 1915<sup>23</sup>. A Mariátegui todo esto se le escapa; en efecto, si bien es verdad que Obregón "robusteció el estado surgido de la revolución, precisando y asegurando su solidaridad con las más extensas y activas capas sociales", no se puede en cambio sostener que "el estado, con su gobierno [el de Obregón; G. C.] se proclamó órgano del pueblo, de modo que su suerte y su gestión dejaban de depender del prestigio personal de un caudillo, para vincularse estrechamente con los intereses y sentimientos de las masas"<sup>24</sup>.

Los acontecimientos posteriores mostrarán no sólo que los intereses y los sentimientos de las masas estuvieron siempre subordinados a los intereses y a los sentimientos de la nueva burguesía surgida de la revolución; mostrarán además que la suerte y la gestión del estado muchas veces tuvieron que depender del prestigio personal de un caudillo. El ejemplo más evidente de la validez de esta afirmación lo representa Calles, su capacidad para hegemonizar a vida política mexicana

durante muchos años, hasta 1935, o sea hasta mucho después de su mandato presidencial (1924-1928).

La descripción mariateguiana de la figura de Obregón, como se ha visto, optimiza su personalidad política, especialmente en lo relativo a sus méritos reales sobre la cuestión de la distribución de la tierra. Pero esta valoración optimista es justificable, al menos en parte, porque el concepto puro de "distribución" de la tierra, así como está formulado en el artículo 27 de la Constitución o en las leyes de reforma agraria, es indudablemente un concepto bien revolucionario en sentido absoluto; y también en sentido relativo si se lo confronta con la situación real de la propiedad de la tierra en el Perú de aquellos años. Para lograr leyes auténticas de reforma agraria, que permitan modificar sustancialmente el orden de la estructura de la tierra tal como existía cuando Mariátegui escribía su obra principal, los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*<sup>25</sup>, el Perú deberá esperar a los militares de Velasco Alvarado, quienes emitieron decretos de reforma agraria un año después de haber tomado el poder (1969); en efecto, tendrá que pasar todo este tiempo para que se comience a atacar el poder de los monopolios de la tierra, de los latifundios peruanos o de las compañías extranjeras<sup>26</sup>.

Normalmente, cada vez que Mariátegui se refiere a la figura de Obregón, no deja de destacar la obra de Vasconcelos, su secretario de educación pública.

"José Vasconcelos -escribe en "México y la revolución"-, uno de los hombres de mayor relieve histórico de la América contemporánea, ha dirigido una reforma extensa y radical de la instrucción pública. Ha usado de los

más originales métodos para disminuir el analfabetismo; ha franqueado las universidades a las clases pobres; ha difundido como un evangelio de la época, en todas las escuelas y en todas las bibliotecas, los libros de Tolstoi y de Romain Rolland; ha incorporado en la Ley de Instrucción la obligación del estado de sostener y educar a los hijos de los incapacitados y a los huérfanos; ha sembrado de escuelas, de libros y de ideas la inmensa y fecunda tierra mexicana"<sup>27</sup>.

Pero también el juicio sobre el autor de *La raza cósmica* cambiará en los años 1929-1930, cuando Mariátegui modifica radicalmente sus juicios sobre la naturaleza de clase de la revolución mexicana y sobre la naturaleza de clase del grupo político que dirige la consolidación del nuevo orden. Hasta entonces le había seducido la figura de Vasconcelos porque, indudablemente, éste dio un impulso extraordinario a la actividad educativa: el secretario de educación del gobierno de Obregón tendrá en 1923 alrededor de 38 millones de pesos sobre un presupuesto global de 350 millones, contra los 8 millones anuales del porfiriato, los 12 millones bajo Madero y los 5.5 del gobierno de Carranza<sup>28</sup>. Vasconcelos estimulará la publicación, en ediciones económicas, de numerosas obras clásicas y del pensamiento marxista; se convertirá en un reconocido admirador, como Mariátegui, de la obra desarrollada por el ministro de instrucción soviético Anatol Lunatcharsky<sup>29</sup>; iniciará la obra de difusión de la cultura técnica y científica; sobre la base de su idea del arte para el pueblo, favorecerá el desarrollo de la escuela del muralismo y las nuevas búsquedas encabezadas por Montenegro, Ramos Martínez, Siqueiros, Orozco y Rivera. Sin contar que, como Mariátegui,

también Vasconcelos debía mucho a la cultura francesa e italiana.

En un artículo de 1929, "La lucha electoral en México", consideraba que si bien la candidatura de Vasconcelos a las elecciones presidenciales presentada por el Partido Anti-reeleccionista "representaba originariamente al sentimiento conservador, la disidencia intelectual", en esa particular fase política su elección habría sido sin más positiva. En efecto, su candidatura, que se oponía a Portes Gil y a Ortiz Rubio, representantes del Partido Nacional Revolucionario, ofrecía mayores garantías:

"Puesto que la Revolución Mexicana se encuentra en su estadio de revolución democrático-burguesa -escribe Mariátegui-, Vasconcelos puede significar, contra la tendencia fascista que se acentúa en el Partido Nacional Revolucionario, un periodo de estabilización liberal. Vasconcelos, por otra parte, se ha apropiado del sentimiento antiimperialista, reavivado en el pueblo mexicano por la abdicación creciente del gobierno ante el capital yanqui"<sup>30</sup>.

Cuando escribe la nota, Mariátegui tiene ciertamente en mente que en 1927 se está operando una elección política absolutamente antitética con el espíritu y la letra del artículo 27 de la Constitución revolucionaria, en circunstancias en que el gobierno garantiza la propiedad norteamericana y las concesiones petroleras sin tener en cuenta las limitaciones expresadas por la misma norma constitucional. Todo esto permite comprender cómo la propiedad y las inversiones norteamericanas pudieron crecer ininterrumpidamente entre 1910 y 1929 hasta alcanzar la suma global del 1800 millones de dólares.

Pero ahora también la figura de Vasconcelos, como por lo demás la misma definición de la revolución y de las clases que la dirigieron, están absolutamente redimensionadas en el pensamiento de Mariátegui respecto de los años anteriores. Si antes atribuía a Vasconcelos el sensible papel de realizador cultural e ideológico, en sentido socialista, de la revolución, ahora, *en* cambio, Mariátegui escribe:

"El programa de Vasconcelos carece de todo significado revolucionario. El ideal político nacional del autor de *La raza cósmica* parece ser el de un administrador moderado. Ideal de pacificador que aspira a la estabilización y al orden. Los intereses capitalistas y conservadores sedimentados y sólidos están prontos a suscribir, en todos los países, este programa. Económica, social, políticamente, es un programa capitalista. Pero desde que la pequeña burguesía y la nueva burguesía tienden al fascismo y reprimen violentamente el movimiento proletario, las masas revolucionarias no tienen por qué preferir su permanencia en el poder. Tienen, más bien, que -sin hacerse ninguna ilusión respecto de un cambio del cual ellas mismas no sean autoras- contribuir a la liquidación de un régimen que ha abandonado sus principios y faltado a sus compromisos"<sup>31</sup>.

En los *Siete ensayos*, que Mariátegui publicará en 1928, su distancia respecto a Vasconcelos se medirá también sobre el plano estrictamente cultural.

### **Adiós a todo eso**

Todavía hacia fines de 1928 el análisis de Mariátegui sobre el fenómeno global de la revolución mexicana diferirá sensiblemente

del realizado por la Internacional Comunista. Pero en los inicios de 1929 se habrá de producir el giro, esto es, la adhesión a la línea de planteamiento y de valoración expresada por la Internacional Comunista<sup>32</sup>.

Los elementos que hicieron que Mariátegui se enfrentara a una consideración mucho más realista de la revolución mexicana son muchos indudablemente. En 1929, aun para un observador externo, era difícil ignorar la línea involutiva del sistema que, partiendo de Obregón, se intensificaba con Calles y con los dos gobiernos posteriores controlados por él, el de Emilio Portes Gil (diciembre de 1928-febrero de 1930) y el de Pascual Ortiz Rubio (febrero de 1930-septiembre de 1932). Además en el Partido Nacional Revolucionario confluían tendencias muy heterogéneas, que conformaban un arco político que iba desde el socialismo hasta el fascismo. A principios de 1929, Mariátegui podrá intuir la diferenciación neta entre los tres episodios en que se expresó abiertamente la reacción —la guerra de los cristeros, la insurrección de De la Huerta y el levantamiento de Gómez y Serrano— y la posibilidad connatural al sistema político, de englobar en su interior a las fuerzas representativas de la derecha reaccionaria, capaces *potencia/mente* de reorientar el proceso revolucionario hacia alternativas políticas involutivas:

"Las energías más inexpertas de la reacción -escribe Mariátegui en su artículo "Portes Gil contra la CROM"- se habían consumido en el intento de atacar la revolución desde fuera. Los más sagaces operaban dentro de la revolución, en espera de que sonase la hora de la acción termidoriana"<sup>33</sup>.

Para Mariátegui subsistirá naturalmente la conciencia de que la presencia reaccionaria

en el sistema político es directamente proporcional a la debilidad de las fuerzas populares y de sus organizaciones de clase, a su incapacidad de quitar a la burguesía la hegemonía del proceso de ordenamiento institucional realizado.

En efecto, en aquellos años ya no era posible tener dudas sobre la situación de subordinación del movimiento obrero a la burguesía, ya iniciada en 1915; algo muy importante porque la política del compromiso y de la integración realizada por la burguesía se efectuó precisamente cuando el proletariado se estaba definiendo como clase política, objetivamente con el crecimiento industrial y subjetivamente con la situación revolucionaria. La línea reformista absorbió al proletariado también porque la única alternativa real posible era la anarco-sindicalista, la cual, por otro lado, fue rápidamente aislada. Es que faltó desde el inicio un partido proletario clasista, capaz de desarrollar una línea de estrategia política y una ideología propias.

A comienzos de 1929 Mariátegui admite que la represión desatada sobre el movimiento obrero bajo los gobiernos de Portes Gil y de Ortiz Rubio tiene precedentes notorios en los gobiernos que les habían antecedido:

"Durante los gobiernos de Obregón y Calles -escribe Mariátegui- la estabilización del régimen revolucionario había sido obtenida en virtud de un pacto tácito entre la pequeña burguesía insurgente y la organización obrera y campesina para colaborar en un terreno estrictamente reformista"<sup>34</sup>.

Sin embargo, es necesario recordar que el reformismo del grupo dirigente de la CROM, guiado por Luis Morones, no impidió que esta central sindical se convirtiera en la más importante organización obrera —tanto

que llegará a tener dos millones de adherentes en el momento de mayor movilización, como el mismo Mariátegui lo recuerda— frente a las otras formaciones políticas de la izquierda que se caracterizaron siempre por el limitado número de correligionarios.

Este giro interpretativo, que se precisa a partir de 1929, estará por tanto determinado por las observaciones más realistas de Mariátegui respecto de los nuevos desarrollos políticos y por la conclusión innegable de que la revolución ya se había afianzado sobre las bases del nuevo orden impuesto por la burguesía. Además el giro estará también determinado por el hecho de que ya estaba plenamente encaminado aquel proceso involutivo que impedía la movilización de las clases trabajadoras, no ya para conseguir nuevas conquistas sino para la misma conservación de los resultados obtenidos con la Constitución de 1917.

En 1928, es decir, el mismo año de la publicación de los *Siete ensayos*, Mariátegui fundará el Partido Socialista (comunista) Peruano y definirá su ruptura con el APRA. Estas dos decisiones políticas lo llevarán a precisar sus propias posiciones sobre temas de política internacional, no pudiendo prescindir más del análisis y de las indicaciones expresadas por la Internacional Comunista. Sin embargo sería demasiado parcial vincular mecánicamente el giro interpretativo de principios de 1929 sobre la revolución mexicana con la adhesión a la línea de la Internacional. El elemento determinante del giro fue, sin duda, la verificación del reforzamiento de la contrarrevolución iniciada por Portes Gil, lo que contribuyó a estimular en Mariátegui una revisión de su pensamiento sobre la revolución<sup>36</sup>. En particular fijará su atención en algunos aspec-

tos de esta nueva política, esto es, la promulgación de la Ley del Trabajo, que marca "una radical rectificación de la política obrera animada por el espíritu del artículo 27 de la Constitución" y que está "inspirada netamente en el interés capitalista", y el desvanecimiento de las ilusiones del "estado antiimperialista" con la capitulación de la política gubernativa frente a los intereses de los petroleros y de las compañías norteamericanas<sup>37</sup>.

Como ya se dijo, en el escrito de 1926 titulado "La reacción" en México", Mariátegui veía en el proceso revolucionario en acción la formación de las bases para la construcción de una sociedad socialista; o sea que él pensaba que "las formas políticas y sociales vigentes en México no representan una estación del liberalismo sino del socialismo", y creía que, "cuando el proceso de la revolución se haya cumplido plenamente, el estado mexicano no se llamará neutral y laico sino socialista".

En los comienzos de 1929 la valoración de la situación revolucionaria global es muy distinta. Después de haber registrado el crecimiento simultáneo de las fuerzas del proletariado -"canalizadas en dirección reformista"- y de las fuerzas burguesas y capitalistas, expone su concepción renovada del desarrollo de la revolución:

"El estado mexicano no era, ni en la teoría ni en la práctica, un estado socialista. La revolución había respetado los principios y las formas del capitalismo. Lo que este estado tenía de socialista consistía en su base política obrera. Por moderada que fuese su política, la CROM como organización de clase, tenía que acentuar día a día su programa de socialización de la riqueza. Pero, al mismo

tiempo que la clase obrera, se solidificaba dentro del régimen creado por la revolución la clase capitalista. Y ésta tenía en su favor una mayor madurez política. Los elementos pequeño burgueses, los caudillos militares de la revolución, colocados entre las dos influencias, tenían que ceder regularmente a la influencia capitalista<sup>38</sup>.

Al mismo tiempo es también redefinido el "frente revolucionario". Se destaca el resquebrajamiento de la política revolucionaria como consecuencia de las contradicciones internas del bloque dominante y se resaltan las funciones disgregadoras de la burguesía respecto del frente único proletario:

"La fuerza de la revolución residió siempre en la alianza de agraristas y laboristas, esto es de más masas obreras y campesinas. Las tendencias conservadoras, las fuerzas burguesas, han ganado una victoria al insidiar su solidaridad y fomentar su choque. De ahí que las organizaciones revolucionarias de izquierda trabajan ahora por una asamblea nacional obrera y campesina, encaminada a crear un frente único proletario<sup>39</sup>.

La unidad del frente revolucionario, que según Mariátegui probablemente Obregón habría podido promover en el curso de su mandato presidencial, se resquebrajó por las propias contradicciones internas cuando el nuevo presidente electo fue asesinado<sup>40</sup>. Con la desaparición de Obregón se tiene por tanto una nueva crisis del frente revolucionario, a la que Mariátegui define como "alianza variopinta, conglomerado heterogéneo, dentro del cual el crecimiento de un capitalismo brioso, agudizando el contraste de los diversos intereses políticos, rompía un equilibrio y una unidad contingentes, creados

por la lucha contra la feudalidad y el porfirismo<sup>41</sup>.

A esta altura, la precariedad del bloque revolucionario se admite de manera realista. Se reconoce implícitamente la naturaleza temporal de la alianza de la\* burguesía con el proletariado y se acepta que, en el México revolucionario, la burguesía no dudó nunca en recurrir al equilibrio y a la unidad, estimulando la composición de un bloque interclasista verdadero y propio toda vez que las leyes de su desarrollo lo requirieron. La estructura y la dinámica del "bloque interclasista" y qué cosa significaba esto políticamente, Mariátegui lo había descubierto en el Perú en el curso de su experiencia apриста.

Mariátegui se adherirá en 1926 al APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), organización fundada en 1924 por Víctor Raúl Haya de la Torre, porque verá en este movimiento la unificación de hecho de las tendencias progresistas y porque consideraba que tal unidad era la condición indispensable para un proyecto de acción política revolucionaria. En efecto, en las declaraciones programáticas iniciales, el APRA se proponía el logro de algunos objetivos fundamentales: la lucha contra el imperialismo norteamericano, la unidad política de América Latina, la nacionalización progresiva de la tierra y de la industria, la internacionalización del canal de Panamá, la solidaridad de todos los pueblos y de todas clases oprimidas.

La ruptura con Haya de la Torre se realizará en 1928, cuando en el APRA se define el paso del esquema frentista al esquema de partido político representativo de las clases medias, y el disentimiento específico de Mariátegui estará determinado por el propósito apриста de querer construir una especie de

---

Kuomintang latinoamericano<sup>42</sup>. En un artículo publicado en *Amauta* se precisará la independencia absoluta del grupo de Mariátegui respecto a la idea de un partido nacionalista, pequeño burgués y demagógico<sup>43</sup>.

Desde este momento, la ruptura con el APRA se determina a través de algunos aspectos fundamentales: el rechazo por parte de Mariátegui del interclasismo cuando a éste se subordinan las capacidades decisionales y operativas del proletariado revolucionario; la verificación de la insuficiencia táctica y de la incoherencia del APRA cuando sostiene que el objetivo antiimperialista puede por sí solo activar un proceso de revolución social; la comprobación de que la táctica y la estrategia política no deben olvidar nunca las singularidades nacionales, mientras Haya de la Torre a su vez se proponía más bien la formación, en función exclusivamente antiimperialista, de un bloque continental nacionalista, "indamericano"; la no aceptación de la dirección política de la burguesía y de la pequeña burguesía y la confirmación del papel insustituible del proletariado como vanguardia en la dirección de la lucha contra el imperialismo y de la lucha por la revolución social. Sobre la base de estos presupuestos, Mariátegui forma el Partido Socialista Peruano, en cuyas declaraciones programáticas se reafirma su autonomía y su papel en la dirección política del movimiento de los trabajadores.<sup>44</sup>

Esta maduración política de Mariátegui, que se expresa en su acción revolucionaria y en sus formulaciones teóricas, se verifica también en su último y más importante escrito sobre la revolución mexicana: "Al margen del nuevo curso de la política mexicana".

En este escrito están reunidas las críticas al APRA y el afinamiento de las posiciones de

Mariátegui sobre la revolución mexicana, sobre todo porque precisamente en el desarrollo de esta revolución Haya de la Torre veía el modelo sobre el cual necesitaba uniformar la próxima revolución continental latinoamericana<sup>45</sup>, a la vez que expresaba una apología progresiva de las clases medias y de su dinamicidad social. Por el contrario, en el caso mexicano, Mariátegui atribuye a la dirección política de la pequeña burguesía la responsabilidad de la involución del movimiento revolucionario en su conjunto, de la "ineluctable gravitación capitalista y burguesa de todo movimiento político dirigido por la pequeña burguesía, con el confusionismo ideológico que le es propio"<sup>46</sup>.

En este último artículo, después de haber registrado la ausencia en los nuevos gobernantes de orientaciones tendientes a la construcción de valores y de relaciones productivas típicas de una sociedad socialista, Mariátegui se detiene a examinar la concepción del estado de transición del capitalismo al socialismo, así como esto es teorizado por los ideólogos del nuevo orden. Estos hombres, como Froylán C. Manjarrez, propugnaban teóricamente lo que la praxis revolucionaria había realizado definitivamente después de 1920: la creación de un "estado intermedio", un estado *regulador* de la economía nacional, inspirado en el concepto cristiano de la propiedad y de su función social<sup>47</sup>. Un modelo estatal de este tipo, "conciliador y arbitro", que se declara *super partes* respecto de los intereses de clases, Mariátegui lo compara con el modelo italiano del fascismo, manifestación extrema de la ideología pequeñoburguesa<sup>48</sup>.

En el artículo en cuestión, después de haber recordado la incidencia real del poder de

---

la gran burguesía en Alemania en el curso del régimen progresista representado por la República de Weimar, Mariátegui destaca que el crecimiento y la evolución política alemana no pueden ser medidos "por los vagos propósitos de nacionalización de la economía de la Carta de Weimar, sino por la efectividad conseguida por las instituciones demo-burguesas". Por lo tanto la situación de regresión política en México, expresada por la supresión de los derechos democráticos que son los indicadores auténticos del crecimiento político, como se puede verificar en el ejemplo alemán, lleva a la negación de la verdadera misión de la revolución mexicana. A esta altura de los acontecimientos, para Mariátegui tal misión no es más la construcción de un estado socialista sino más bien la instauración de un estado democrático-burgués. De allí que para el marxista peruano la revolución mexicana no sólo no deviene socialista sino que ella además, en una fase histórica determinada, no puede ni siquiera ya defender las conquistas democrático-burguesas:

"El retroceso de México, en el período siguiente a la muerte de Obregón, la marcha a la derecha del régimen de Portes Gil y Ortíz Rubio, se aprecian, igualmente, por la suspensión de los derechos democráticos reconocidos antes a los miembros de la extrema izquierda. Persiguiendo a los militares de la Confederación Sindical Unitaria Mexicana, al Partido Comunista, al Socorro Obrero, a la Liga Antiimperialista, por su crítica de las abdicaciones ante el imperialismo y por su propaganda del programa proletario, el gobierno mexicano reniega de la verdadera misión de la revolución mexicana: la sustitución del régimen porfirista despótico y semifeudal por un régimen democrático-burgués"<sup>49</sup>.

En este texto están presentes los motivos que determinaron la ruptura definitiva de Mariátegui con el APRA, o sea la convicción cada vez más sólida que asigna al proletariado, y sólo al proletariado en cuanto clase social capaz de superar los antagonismos irreductibles presentes en el interior del sistema burgués, la tarea de realizar la revolución social. En muchos de sus escritos expresa su concepción general de la revolución socialista y del papel determinante del proletariado para su realización. El partido de clase —no obstante la acusación de populismo efectuada sobre varios aspectos de la concepción de Mariátegui, en especial en lo que respecta a su tesis sobre la cuestión indígena— es en su pensamiento el único instrumento que puede desplegar un papel subjetivo y dinámico en la revolución, es el único elemento social capaz de subvertir radicalmente el orden burgués. En el plano político la separación del APRA y la constitución del PSP deben ser vistos precisamente desde el punto de vista de su maduración ideológica. En el plano teórico el análisis de la revolución mexicana, con el reconocimiento de la hegemonía de la pequeña burguesía sobre el proceso revolucionario, habrá de convertirse en un momento de verificación de su concepción general del desarrollo revolucionario:

"El estado regulador, el estado intermedio, definido como órgano de la transición del capitalismo al socialismo, aparece concretamente como una regresión. No sólo no es capaz de garantizar a la organización política y económica del proletariado las garantías de la legalidad demo-burguesas, sino que asume la función de atacarla y destruirla, apenas se siente molesto por sus elementales manifestaciones. Se proclama depositario absoluto e

---

infalible de los ideales de la revolución. En un estado de mentalidad patriarcal que, sin profesar el socialismo, se opone a que el proletariado -esto es la clase a la que históricamente incumbe la función de actuarlo- afirme y ejercite su derecho de luchar por él, autónomamente de toda influencia burguesa o pequeño burguesa"<sup>50</sup>.

A la larga, se califica definitivamente a la revolución mexicana como una revolución democrático-burguesa. Esta calificación explica la regresión sustancial del proceso revolucionario, hecho que ha sido posible por la ausencia hegemónica del partido de la clase trabajadora y, conjuntamente, por el interclasismo del bloque revolucionario y por el confucionismo ideológico consiguiente. De cualquier manera Mariátegui recupera el sentido histórico global de la revolución:

"Ninguna de estas constataciones discute a la Revolución Mexicana su fondo social, ni disminuye su significación histórica. El movimiento político que en México ha abatido el porfirismo, se ha nutrido, en todo lo que ha importado avance y victoria sobre la feudalidad y sus oligarquías, del sentimiento de las masas, se ha apoyado en sus fuerzas y ha estado impulsado por un indiscutible espíritu revolucionario"<sup>51</sup>.

En este punto la redefinición de Mariátegui del proceso revolucionario se ha completado. Se reconoce la hegemonía de la burguesía y de las clases medias en el desarrollo real del proceso revolucionario. La consolidación del nuevo orden y su posterior regresión política -aunque no son profundamente analizados porque en Mariátegui flota el conocimiento de que el proceso global fue controlado desde el inicio por la burguesía- se fundaron en gran medida sobre el consenso

popular y sobre la movilización de las clases subalternas. La burguesía supo involucrarlas en la *propia* revolución y estará siempre en condiciones de controlar sus impulsos revolucionarios y sus motivaciones de clase.

La posición de Mariátegui se ha modificado respecto de los escritos de algunos años antes, y resulta redefinida a través de un análisis en términos de clase:

"El carácter y los objetivos de esta revolución, por los hombres que la acaudillaron, por los factores económicos a que obedeció y por la naturaleza de su proceso, son los de una revolución democrático-burguesa. El socialismo no puede ser actuado sino por un partido de clase; no puede ser sino el resultado de una teoría y una práctica socialista"<sup>52</sup>,

En Mariátegui permanecerá siempre la idea de que la revolución socialista debe ser realizada y dirigida por el partido de la clase obrera. Su formación política, la experiencia lograda en Europa, la familiaridad con el marxismo teórico y con el leninismo lo harán absolutamente consciente de la función necesaria del partido político de clase para la realización de un nuevo orden social a través del proceso revolucionario. El partido de clase y el papel primario del proletariado industrial<sup>53</sup> son los elementos subjetivos que deben operar sobre la realidad concreta y objetiva para transformarla. Antes de llegar a estas conclusiones, él creía que el pasaje al socialismo estaba naturalmente implícito en la revolución; o sea que según su concepción anterior el proceso revolucionario que se estaba concretando debía conducir a México casi automáticamente hacia el socialismo. Pero después, en cambio, el partido político de clase y las organizaciones de los trabajadores han devenido los elementos indispensables para realizar

---

tal transformación y, por el contrario, la responsabilidad de la orientación involutiva en los hechos es atribuida al papel de las organizaciones de las clases medias y a su poder hegemónico.

El pensamiento político maduro de Mariátegui, tal como se expresa en sus últimos artículos sobre México, tiende a definir la revolución mexicana como una revolución realizada por un bloque (clase media y de manera subordinada la clase trabajadora) contra el bloque de poder tradicional de la oligarquía latifundista y financiera. Su optimismo inicial, sustituido luego por un análisis de la situación real cuando el bloque revolucionario se ha ordenado a favor de la hegemonía de la burguesía, fue posible porque objetivamente la revolución aporta de manera concreta, en sentido absoluto, algunos contenidos y algunos valores muy avanzados. Ya se ha dicho que, a diferencia de México, donde la distribución de la tierra empieza a realizarse desde 1915 (al menos institucionalmente porque la experiencia-zapatista en Morelos no aguarda ciertamente los decretos de Carranza), en el Perú de los años de Mariátegui se acrecienta progresivamente el poder de los latifundios, situación que cambia sólo con la reforma agraria de 1969. Piénsese además en la declaración de nacionalización de los recursos expresada por la Constitución de 1917, por la cual México -además de la URSS- se convierte en el único país del mundo donde las tierras son nacionalizadas de derecho<sup>54</sup>, y

en lo que esta conquista debió de significar para todos los progresistas combatientes.

Estos son los motivos principales que determinaron el interés de Mariátegui por la revolución mexicana. Superado el optimismo inicial, permanece en Mariátegui la conciencia de la importancia del acontecimiento histórico, referido sobre todo al trastrocante resultado que viene de la modificación estructural de la propiedad de la tierra y de la oposición a la dependencia política y económica del exterior, aspectos estos que sintetizan los nudos históricos del desarrollo latinoamericano.

Mariátegui publicará sus artículos sobre la revolución mexicana siguiendo la orientación de la investigación que se había planteado para comprender los problemas históricos de la realidad latinoamericana, esto es a través de la reflexión política y cultural. En efecto, en las revistas *Amauta* y *Labor* dará amplio espacio a la publicación de múltiples contribuciones mediante las cuales serán también profundizadas las nuevas líneas expresivas artísticas surgidas inmediatamente después de la revolución<sup>55</sup>. De la presencia de todos estos escritos emerge la necesidad de ofrecer al lector una dimensión completa de la revolución, en la cual los aspectos culturales, la ideología y la superestructura tienen una importancia absolutamente relevante, nunca separados de los aspectos de orden estructural que no obstante expresan la base del análisis de Mariátegui. 

## NOTAS

- 1) Para un análisis sobre la revolución en general, y respecto de los elementos históricos que caracterizan este fenómeno político y social, y en el que puede ser incluida la revolución mexicana, véase el notable ensayo de E. Hobsbawm, "La rivoluzione", en *Studi storici* (Roma), año XVII, núm. 1, 1976, pp. 5-39.
- 2) La misma periodización de la revolución mexicana -la fecha conclusiva de la revolución- es modificable, en amplia medida, según sean los presupuestos ideológicos con los que se explica el fenómeno revolucionario y según las variables sociales que se asumen como portadoras activas de su desarrollo.
- 3) Por este motivo, como he demostrado en algunas publicaciones, el debate sobre la revolución es todavía de mucha actualidad. Por esto el fenómeno revolucionario, con sus características, sus desarrollos y sus efectos, continúa interesando a todos aquéllos que representan las orientaciones más sensibles del estado actual de México con una intensidad que va más allá del puro interés histórico. Pueden verse, por ejemplo, estas "obras: *Is the mexican revolution dead?*, traducción española de H.D. Torres: *¿Ha muerto la revolución mexicana?*, vol. I: *Causas, desarrollo y crisis*; vol. II: *Balance y epílogo*, México, Sepsetentas, 1972; en lo relativo a las explicaciones y a las valoraciones de la izquierda, véase *Interpretaciones de la revolución mexicana*, a cargo de H. Aguilar Camín, México, Nueva Imagen, 1979; en lo que respecta a las áreas de influencia zapatista, consúltese A. Warman,... *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el estado nacional*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1976.
- 4) J. Meyer, *La revolución mexicana, 1910-1940*, París, Calman-Lévy, 1973, p. 264. [Edición en español: Jean Meyer, *La revolución mejicana, 1910-1940*, Barcelona, DOPESA, 1973]
- 5) Además de las reflexiones contenidas en D. Menseguer Ulan, *José Carlos Mariátegui y su pensamiento revolucionario*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974, y hasta donde mis conocimientos me permiten saber, existen hasta ahora sólo dos estudios específicos sobre el tema: J. Falcón, *Mariátegui: la revolución mexicana y el estado "anti"-imperialista*, Lima, Empresa Editorial Amauta, 1980, y F. J. Paoli, *Mariátegui, intérprete de la revolución mexicana*, México, 1979 (mimeo de 21 páginas; ponencia leída en el Simposio Internacional sobre Mariátegui, organizado por la Universidad Autónoma de Sinaloa, sec. VI: "Mariátegui y la revolución mexicana", en 1980).
- 6) Para acercarse al conocimiento de la obra y de la personalidad de José Carlos Mariátegui (1894-1930) un instrumento indispensable lo constituye el volumen de G. Rouillon, *Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui*, Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 1963. Para la crítica de algunos aspectos de esta obra, véase el artículo de R. Paris, "José Carlos Mariátegui: una bibliographie, quelques problemes", en *Annales ESC* (París), año XXI núm. 1, 1966, pp. 194-200. Las biografías tradicionales, si bien son útiles, deben ser depuradas de sus contenidos hagiográficos; ellas son A. Bazán, *Mariátegui y su tiempo*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1975; M. Wiesse, *José Carlos Mariátegui. Etapas de su vida*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1974. Una buena construcción biográfica, a través de su actividad periodística, es la de G. Carnero Checa, *La acción escrita. José Carlos Mariátegui periodista*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1980. Entre los trabajos que tienden a aclarar globalmente su pensamiento político, indico los siguientes: J.M. Baines, *Revolution in Perú: Mariátegui and the myth*, University of Alabama, 1972; A. Melis, A. Dessau y M. Kossok, *Mariátegui. Tres estudios*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1971; D. Meseguer, *op. cit.*; H.E. Vanden, *Mariátegui. Influencias en su formación ideológica*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1975. Entre los ensayos publicados en Italia pueden verse; G. Casetta, "Il problema indigeno dalla tradizione alia modernità: José Carlos Mariátegui", en *Nova Americana* (Turín), núm. 3, Einaudi, 1980, pp. 101-140; A. Melis, "José Carlos Mariátegui, primo marxista d'America", en *Critica marxista* (Roma), año V, núm. 2, 1967, pp. 132-157; A. Melis, "Introduzione", en José Carlos Mariátegui, *Avanguardia artistica e avanguardia política*, traducción a cargo de A. Melis, Milán, Mazzotta, 1975; R. Paris, "Saggio introduttivo", en José Carlos Mariátegui, *Serie saggi sulla realtà peruviana e altri scritti politici*, traducción de B. Mari y G. Lapasini, Turín, Einaudi, 1972; R. Paris, "La formazione ideologica di José Carlos Mariátegui", en *Dipendenza e sottosviluppo in America Latina*, a cargo de S. Sechi, Turín, Fondazione L. Einaudi, 1972 [Edición en español: Robert Paris, *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 92, 1981.]; R. Sandri, "Mariátegui: via nazionale e internazionalismo nel 'terzo mondo'", en *Critica marxista* (Roma), año X, núm. 6, 1972, pp. 91-110.
- 7) José Carlos Mariátegui, "México y la revolución" (publicado en *Variedades*, Lima, enero de 1924), ahora incluido en José Carlos Mariátegui, *Temas de nuestra América*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1975, pp. 39-43.
- 8) José Carlos Mariátegui, "El pueblo sin Dios" por César Falcón" (publicado en *Mundial*, Lima, 8 de febrero de 1929), ahora incluido en José Carlos Mariátegui, *Peruanicemos al Perú*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1975, p. 146. En otro lugar, hablando del escritor norteamericano Waldo Frank, escribe: "Como él, yo no me sentí americana

no sino en Europa. Por los caminos de Europa, encontré el país de América que yo había dejado y en el que había vivido casi extraño y ausente. Europa me reveló hasta qué punto pertenecía yo a un mundo primitivo y caótico; y al mismo tiempo me impuso, me esclareció el deber de una tarea americana. Pero de esto, algún tiempo después de mi regreso, yo tenía una conciencia clara, una noción nítida. Sabía que Europa me había restituido, cuando parecía haberme conquistado enteramente, al Perú y a América"; José Carlos Mariátegui, "Itinerario de Waldo Frank" (publicado en *Varietades*, Lima, 4 de diciembre de 1929), ahora incorporado en José Carlos Mariátegui, *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1970, p. 162. 9) Además de los *Siete ensayos*, que fueron publicados en 1928, y de *La escena contemporánea*, aparecido en 1925, o sea los únicos libros publicados por Mariátegui, su producción teórica y ensayística ha sido recolectada en volúmenes por los editores limeños con los siguientes títulos: José Carlos Mariátegui, *Defensa del marxismo*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1974; José Carlos Mariátegui, *Ideología y política*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1975.

10) José Carlos Mariátegui, *Cartas de Italia*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1975. La obra está constituida por los escritos enviados a Perú desde Italia para el diario limeño *El Tiempo*.

11) Para la estadía de Mariátegui en Italia y para sus relaciones con la cultura italiana, véanse: G. Casetta, "L'esperienza italiana di Mariátegui. Elementi sulla formazione culturale ed ideológica di un marxista latino-americano", en *Mezzosecolo. Materiali di ricerca storica*, Annati del Centro Studi P. Gobetti (Turín), 1976-1977, núm. 2, 1978, pp. 63-105; I. Delogu, "Introduzione", en José Carlos Mariátegui, *Lettere dall'Italia e altri scritti*, Roma, Riuniti, 1973; G. Foresta, "Introduzione", en José Carlos Mariátegui, *Lettere dall'Italia e altri saggi*, Palermo, Stampatori Associati, 1970; E. Núñez, *La experiencia europea de Mariátegui*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1978; R. Paris, "Mariátegui e Gobetti", en *Quaderno núm. 12*, Centro Studi P. Gobetti (Turín), 1967, pp. 2-18; R. Sandri, "Mariátegui al congresso di Livorno", en *Rinascita* (Roma), año 28, núm. 3, 15 de enero de 1971; M. Sylvers, "José Carlos Mariátegui e l'Italia. La formazione di un rivoluzionario peruviano", en *Movimento operaio e socialista* (Genova), año XXI, núm. 1-2, enero-junio de 1975, pp. 57-119.

12) "Los plutócratas, los latifundistas y su clientela -escribe Mariátegui- de abogados e intelectuales constituían una fracción estructuralmente análoga al civilismo peruano, que dominaba con el apoyo del capital extranjero al país feudalizado. Su gendarme ideal era Porfirio Díaz. Esta oligarquía llamada de los 'científicos' feudalizó a México"

- (José Carlos Mariátegui, "México y la revolución", *op. cit.*, p. 39. En los *Siete ensayos*, como también en otros escritos anteriores a esta obra, Mariátegui describirá esta clase capitalista -el civilismo peruano- que, afirmándose sobre la fortuna del comercio con el exterior del guano y del salitre, gestará las primeras bases sólidas de un capitalismo comercial y financiero. Sobre las características de la burguesía peruana y su determinación civilista, véanse H. Bonilla, *Guano y burguesía en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974; E. Yepes del Castillo, *Perú, 1820-1920. Un siglo de desarrollo capitalista*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1971.
- 13) José Carlos Mariátegui, "México y la revolución", *op. cit.*, p. 41.
- 14) Valga, para todas las declaraciones de Madero, su célebre discurso pronunciado ante los obreros en la ciudad de Orizaba en mayo de 1910.
- 15) D. Meseguer Ulan, *op. cit.*, pp. 120-122.
- 16) José Carlos Mariátegui, "La reacción en México" (publicado en *Varietades*, Lima, 7 de agosto de 1926), ahora incluido en José Carlos Mariátegui, *Temas de nuestra América*, *cit.*, pp. 45-46.
- 17) D. Meseguer Illán, *op. cit.*, p. 199.
- 18) José Carlos Mariátegui, "La reacción en México", *op. cit.*, p. 44. Este texto es de 1926, cuando el apresurado juicio estaba motivado en el hecho de que los acontecimientos, en esa fecha, se estaban apenas delineando; sin embargo, en textos posteriores tampoco se encuentran apreciaciones más profundas respecto del movimiento de los cristeros. En 1929 Mariátegui publica en *Varietades* un trabajo -incluido después en el libro conocido con el nombre de *Veinticinco años de sucesos extranjeros*- que aparece en los números que van desde el 6 hasta el 13 de marzo de 1929 de la mencionada revista; en el mismo, hablando de Calles, se dice que a éste "le tocó afrontar un fuerte movimiento clerical, que lo obligó a emplear medidas extremas en defensa de los principios revolucionarios sobre las relaciones entre la iglesia y el estado" (José Carlos Mariátegui, "La revolución mexicana", en José Carlos Mariátegui, *Historia de la crisis mundial*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1973, p. 196.)
- 19) José Carlos Mariátegui, "México y la revolución", *op. cit.*, p. 42.
- 20) M. Gutelman, *Réforme et mystification agraires en Amérique Latine. Le cas du Mexique*, trad. italiana de A. Guaraldo, *La riforma agraria in America Latina. Il caso del Messico*, Milán, Mazzotta, 1973, pp. 79-80. [Edición en español: Michel Gutelman, *Capitalismo y reforma agraria en México*, México, Ediciones Era, 1974.]
- 21) *Ibid.*, pp. 81-82. Véase también Jean Meyer. *op. cit.*, pp. 243-244.
- 22) José Carlos Mariátegui, "Obregón y la revolución mexicana" (publicado en *Varietades*, Lima, 21 de julio de

- 1928), ahora en José Carlos Mariátegui, *Temas de Nuestra América*, cit., pp. 49-52.
- 23) Jean Meyer, *op. cit.*, p. 121. Véase también Jean Meyer, "Les ouvriers dans la révolution mexicaine: les Bataillons rouges", en *Annales ESC* (París), año XXV, núm. 1, enero-febrero de 1979, p. 49 [Edición en español: Jean Meyer, "Los obreros en la revolución mexicana: los 'Batallones rojos'", *Historia Mexicana* (México), vol. XXI, núm. 81, 1971.]
- 24) José Carlos Mariátegui, "Obregón y la revolución mexicana", *op. cit.* pp. 49-50.
- 25) José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), Lima, Empresa Editora Amauta, 1976 (33a ed). La obra, publicada por primera vez en 1928 por la "Biblioteca Amauta", ha tenido hasta ahora más de cuarenta ediciones y traducción en las más diversas lenguas. Entre los más recientes estudios sobre esta obra, véanse AA.VV., *Siete ensayos. 50 años en la historia*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1979; J. Falcón, *Anatomía de los siete ensayos de Mariátegui*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1978.
- 26) La estructura de la propiedad de la tierra en el Perú, en tiempos de Mariátegui, no cambiará sino hasta las leyes de reforma agraria. Téngase en cuenta al respecto que el censo agrícola de 1961, el "Primer Censo Nacional Agropecuario", indicaba que el 96% de la población agrícola poseía sólo el 11 % de la tierra cultivada; solamente 1026 personas físicas o jurídicas o sea el 0.1 % de las unidades productivas agrícolas, controlaban el 60% de toda la superficie explotable. El "Censo Agropecuario" de 1962, continuación del censo general de 1961, muestra que el 0.4% de las unidades productivas retenía el 75.6% de la tierra, mientras el 83.2% (708,257) de las familias campesinas poseía sólo el 5.7% de las tierras agrícolas.
- 27) José Carlos Mariátegui, "México y la revolución", *op. cit.*, pp. 42-43. Una referencia entusiasta de la obra de Vasconcelos se encuentra en la parte dedicada a la revolución mexicana contenida en el ensayo *Veinticinco años de sucesos extranjeros*, cit., p. 196, y en el artículo "Obregón y la revolución mexicana", cit., p. 49.
- 28) Jean Meyer. *La révolution mexicaine*, cit., p. 121.
- 29) Muchas son las referencias a Lunatcharsky en la obra de Mariátegui; al respecto, véase en particular el breve ensayo sobre el soviético que se encuentra en José Carlos Mariátegui, *La escena contemporánea*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1975, pp. 96-102.
- 30) José Carlos Mariátegui, "La lucha eleccionaria en México" (publicado en *Mundial*, Lima, 27 de septiembre de 1929), ahora incluido en José Carlos Mariátegui, *Temas de nuestra América*, cit. p. 65.
- 31) *Ibid.*
- 32) D. Meseguer Ulan, *op. cit.*, p. 199.
- 33) José Carlos Mariátegui, "Portes Gil contra la CROM" (publicado en *Variedades*, Lima, enero de 1929), incluido ahora en *Temas de nuestra América*, cit., p. 57.
- 34) *Ibid.*, p. 56.
- 35) *Ibid.*, p. 56.
- 36) D. Meseguer Illán, *op. cit.*, p. 200.
- 37) José Carlos Mariátegui, "'La revolución mexicana' por Luis Araquistain" (publicado en *Variedades*, Lima, 11 de septiembre de 1929), ahora incluido en José Carlos Mariátegui, *Temas de nuestra América*, cit., pp. 90-91.
- 38) José Carlos Mariátegui, "Portes Gil contra la CROM", cit., pp. 57-58.
- 39) José Carlos Mariátegui, "La lucha eleccionaria en México" (publicado en *Variedades*, Lima, 5 de enero de 1929), ahora incorporado en José Carlos Mariátegui, *Temas de nuestra América*, cit., p. 55.
- 40) *Ibid.*, p. 52. Véase también José Carlos Mariátegui, "'La revolución mexicana' por Luis Araquistain", cit., pp. 89-90.
- 41) José Carlos Mariátegui, "Orígenes y perspectivas de la insurrección mexicana" (publicado en *Variedades*, Lima, 27 de marzo de 1929), ahora incorporado en José Carlos Mariátegui, *Temas de nuestra América*, cit., p. 60.
- 42) Véase fundamentalmente el texto "Punto de vista antiimperialista", tesis presentada a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana (Buenos Aires, junio de 1929), ahora publicado en José Carlos Mariátegui, *Ideología y Política*, cit., pp. 159-164.
- 43) José Carlos Mariátegui, "Aniversario y balance", en *Amauta* (Lima), año II núm. 17, septiembre de 1928; ahora incluido en José Carlos Mariátegui, *Ideología y política*, cit., p. 246.
- 44) José Carlos Mariátegui, "Principios programáticos del Partido Socialista", ahora incluido en José Carlos Mariátegui, *Ideología y Política*, cit., pp. 159-164.
- 45) Véanse D. Meseguer Illán, *op. cit.*, p. 200; C. Falcón, *Mariátegui: La revolución mexicana y el estado "anti"-imperialista*, cit., pp. 59-82. Sobre este aspecto del pensamiento político aprista véase especialmente Víctor Raúl Haya de la Torre, *El antiimperialismo y el APRA* (1935), Lima, Editorial-Imprenta Amauta, 1972, pp. 95 y ss.
- 46) José Carlos Mariátegui, "Al margen del nuevo curso de la política mexicana" (publicado en *Variedades*, Lima, 19 de marzo de 1930), ahora incorporado en José Carlos Mariátegui, *Temas de nuestra América*, cit., p. 76.
- 47) *Ibid.*, p. 67.
- 48) *Loc. cit.*
- 49) *Ibid.*, pp. 68-69.
- 50) *Ibid.*, p. 69; las cursivas son nuestras.
- 51) *Loc. cit.*
- 52) *Loc. cit.*
- 53) Sobre el papel y la función del proletariado industrial para la realización de la revolución de clase y socialista, véanse



José Carlos Mariátegui, "La revolución alemana" (conferencia efectuada en Lima y pronunciada en la Universidad Popular "González Prada"), incluida posteriormente en José Carlos Mariátegui, *Historia de la crisis mundial*, cit., p. 77; José Carlos Mariátegui, "La ciudad y el campo", ahora en José Carlos Mariátegui, *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, cit., p. 45.

54) M. Gutelman, *op. cit.* p. 68.

55) Los escritos más interesantes de Mariátegui sobre el México revolucionario, además de los ya indicados en este trabajo, están todos incluidos en *Temas de nuestra América*; ellos son: "Un libro de discursos y mensajes de Calles" (publicado en *Varietades* del 3 de julio de 1927), pp. 95-98; "La guerra civil en México" (*Varietades* del

15 de octubre de 1927), pp. 46-49; "Los de abajo de Mariano Azuela" (*Varietades* del 21 de enero de 1928, pp. 84-88; "La reacción en México" (*Mundial* del 6 de septiembre de 1929), pp. 62-63. Además hay otro escrito que tiene una cierta importancia: se trata de "Itinerario de Diego Rivera" (*Varietades* del 18 de febrero de 1928), ahora incorporado en José Carlos Mariátegui, *El artista y la época*, Lima, Empresa Editora Amauta. pp. 93-97.

Para el resto de la bibliografía de los escritos de Mariátegui sobre la revolución mexicana y para todos los artículos de otros autores publicados sobre las revistas *Amauta* y *Labor*, remito a J. Falcón, *Mariátegui: la revolución mexicana y el estado "anti"-imperialista*, cit., pp. 83 y ss.